

pensado deben dimanar para la Iglesia universal. Desde hace mucho tiempo, revolviámos en nuestra mente un designio que es ya conocido de varios de nuestros Venerables Hermanos, y que esperamos poder llevar a cabo tan luego como encontremos la oportunidad vivamente deseada por nos.

Este designio es tener un sagrado concilio ecuménico y general de todos los obispos del mundo católico, donde se buscarán, con la ayuda de Dios y la union de los consejos y solicitudes, los remedios necesarios y saludables a los males que afligen a la Iglesia.

Tenemos la mas grande esperanza que, gracias á este concilio, la luz de la verdad católica esparcirá su claridad saludable en medio de las tinieblas que oscurecen los espíritus, y les hará conocer con la gracia de Dios, la senda verdadera de la salud y de la justicia. Al mismo tiempo, la Iglesia, como un ejército invencible ordenado en batalla, rechazará los asaltos de sus enemigos, quebrantará sus esfuerzos, y triunfando de estos mismos enemigos, extenderá y propagará el reino de Jesucristo sobre la tierra.

Ahora, a fin de que nuestros votos sean escuchados y nuestros cuidados y los vuestros obtengan para los pueblos cristianos frutos abundantes de justicia, elevemos nuestros ojos hácia Dios, origen de toda bondad y de toda equidad, en quien reposa, para aquellos que esperan, la plenitud del socorro y la fecundidad de la gracia.

Puesto que nosotros tenemos por abogado cerca de su Padre, a Jesucristo Hijo de Dios, este Pontífice soberano que ha penetrado los cielos, que viviendo siempre intercede por nosotros, y que en el admirable sacramento de la Eucaristía está con nosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos; pongamos, Venerables Hermanos, pongamos a este Redentor como un signo sobre nuestro corazon, como un signo sobre nuestro brazo, y llevemos con toda confianza nuestras asíduas oraciones a este altar donde el Autor mismo de la gracia ha establecido el trono de su misericordia,

y donde Él espera, deseoso de confortarlos, a todos aquellos que sufren y están sobrecargados.

Supliquémosle, pues, humildemente y sin cesar, que aparte de su Iglesia tantos males y peligros, le dé el gozo de la paz, la victoria sobre sus enemigos, a fin de que, por la gloria de su nombre, añada a vosotros y a Nos nuevas fuerzas, a fin de que Él inflame los corazones de los hombres con este fuego que ha venido a comunicar sobre la tierra, y que reduzca por su virtud poderosa a saludables resoluciones a todos los que estén en el error.

Será digno de vuestra piedad, Venerables Hermanos, consagrar todos vuestros cuidados en aumentar entre los fieles que os están confiados el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo; que ellos lo veneren, que lo amen, lo visiten frecuentemente en el augusto Sacramento donde está presente. Nada será mas conforme a vuestro celo y a vuestra solicitud como hacer arder en los corazones de vuestros fieles una piedad reconocida, una llama continua de caridad, así como alrededor de sus altares arden los cirios sagrados.

Y para que Dios escuche mas favorablemente nuestras súplicas, solicitemos vivamente los sufragios: primero, de la Virgen Madre de Dios, María Inmaculada, porque ningún intercesor es más poderoso cerca de Él; en seguida, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo nacimiento en el cielo vamos ahora a celebrar, y en fin, de todos los bienaventurados que reinando con Jesucristo en los cielos, atraen con sus oraciones los presentes de la divina liberalidad sobre los hombres.

En fin, Venerables Hermanos, a vosotros, a todos nuestros venerables obispos de las naciones católicas, a todos los fieles confiados a vuestros cuidados y a los suyos, de quienes hemos recibido y recibimos sin cesar tantos testimonios de piedad y de amor, a todos y a cada uno, concedemos del fondo de nuestro corazon nuestra bendicion apostólica, unida a todos nuestros votos por su felicidad.

«Sí, una vez más, durante este memorable pontificado, el mundo admirado verá suspender u ordenar su tumulto a los acontecimientos, de tal manera que el Vicario de Jesucristo pueda hacer lo que quiera para la gloria y para la salud de la inmortal Iglesia de Cristo. La Europa tiene ahora alguna razón de contar cerca de dos años de paz, porque es necesario que el Concilio se verifique, habiendo señalado Pio IX el día. Nosotros invitamos a los libres pensadores que se atrevan aún a pensar y considerar esto. Desde las ventanas del Vaticano, Pio IX puede ver las tiendas de los piemonteses, las tiendas de los bárbaros, establecidas sobre

todo su esplendor, la fuerza y la majestad de la Iglesia. Aquí es verdaderamente donde aparece, como acabais de oír por boca del Santo Padre, como un ejército en batalla, cuando Pedro a su cabeza, sus obispos colocados alrededor de la cátedra de la unidad, Jesucristo, su jefe invisible en medio de ella, el Espíritu Santificador é Iluminador cerniéndose sobre su Asamblea; ella proclama la verdad, confunde el error, disipa estas ciencias engañosas que se levantan contra la ciencia de Dios; y después de haber encendido la luz en los espíritus, intenta con sus mayores esfuerzos poner la caridad en los corazones y prepararlos a la unión, a las grandes reconciliaciones, a las grandes conversiones.

«Tal es el bello y noble designio del Santo Padre.

«Y lo que aumenta la magnitud de la empresa, es el valor y la fe del Pontífice, y su magnánima esperanza. Ningun trabajo ha espantado ni a su fuerte ancianidad, ni a su gran alma. ¿Y qué importan, por otra parte, los años a quien tiene para sí el porvenir? ¿El Papa no muere! ¿Qué importan también las amenazas de la revolución aterradora? ¿Contra esta Piedra, contra esta roca, todas las olas continuarán estrellándose!

«Sí, ciertamente la obra es tan atrevida como grande. Porque en fin, ¿el Pontífice no está rodeado como con un círculo de fierro y de fuego? Y cualesquiera que sean el honor, la adhesión y la valentía de este noble ejército pontificio, que hemos visto pasar ante nosotros, aclamado por el pueblo romano y por los peregrinos católicos del universo, aunque vale mucho, ¿puede responder de todo? ¿Quién sabe, por otra parte, lo que sucederá mañana con la Europa y la paz del mundo, entre tantos desórdenes, traiciones y atentados?

«¡Ahora bien! en semejante situación, en medio de tantos peligros, es como el Papa echando una mirada firme y tranquila alrededor

su dominio usurpado. Allí está sin armas y sin fronteras contra el enemigo poderoso que quiere tomar a Roma, oye los gritos que celebran la caída inminente del edificio cristiano; él puede, como cualquiera otro hombre, preguntarse por qué milagro no ha perecido aún: en este momento es cuando las entrañas adormecidas de la tierra, se mueven a la voz del Pontífice para dar a luz de nuevo la civilización de la Cruz.

«Ellos han hablado de demoler a San Pedro: en efecto, siendo la basílica demasiado estrecha para la multitud de los fieles, era necesario sin duda agrandar sus dimensiones y

de sí y hacia el porvenir, ha dicho: «La Santa Sede está amenazada, el mundo está en desorden, incierto, inquieto: ¡no importa, la Iglesia hará su obra!» Y dirigiéndose a sus hermanos y a sus hijos los obispos del mundo entero: «Venid, les dice, yo os espero, y traednos juntos, aquí en Roma, por la salud del mundo.»

«A este anuncio de un concilio ecuménico, los obispos se han estremecido, conmovidos por la solemnidad de la empresa y por la augusta serenidad del Pontífice, y bendicen á Dios por los incalculables bienes que tal designio puede traer para el porvenir.....


«¿Pero qué? ¿Un concilio ecuménico en el tiempo en que estamos, en la decadencia de este siglo agitado y tormentoso, de este siglo de quien se pregunta cuál será el fin, si se sumergirá en las tempestades ó si abrirá tiempos mejores! ¿Un concilio, esta cosa rara y extraordinaria! ¿Será para presidir al alumbramiento de un mundo nuevo?

«Cualquiera que sea el porvenir ¡ah! la inspiración es grande, y para mí, lo confieso, cuando yo considero lo que es un concilio ecuménico; los bienes que ha recogido siempre la Iglesia en las épocas de las crisis supremas, y lo que ella puede esperar ahora todavía; cuando yo reflexiono, al mismo tiempo, en los obstáculos que parece deben oponerse a tal empresa, y la edad avanzada del Pontífice de Roma y la posición amenazada de la Santa Sede; cuando yo veo, sin embargo, a este anciano, casi octogenario, sobreponerse a los cuidados vulgares, y confiándose, magnánimo, en Dios que lo inspira, que no teme emprender esta obra tan grande y tan laboriosa, yo no puedo impedirme el pensar y decir: ¡Aquí hay una iluminación superior! ¡Aquí hay una prevision, un valor, una esperanza, que manifestamente vienen de lo alto, y que Dios bendecirá!»

(MR. DUPANLOUP.)

hacer lugar para al mundo, alrededor de este sepulcro inmutable é inmortal.

«Allí está el centro del centro, la PIEDRA que sostiene todo el edificio de Dios. Aquí reside en espíritu la asamblea de los fieles, porque en cualquier punto de la tierra que habiten, todos aquellos que son de Cristo nuestro Maestro, en la pureza de su alma y en la pureza de su fe, se dirigen hácia la santísima cátedra de Roma, semejante al sol de la luz eternal de donde radia sobre ellos el esplendor de los bienes espirituales y de los dogmas sagrados.»



CAPITULO TERCERO.

LA GRAN FIESTA DEL CENTENARIO Y DE LA CANONIZACION.

En el mes de Junio, Roma ha visto las mas bellas solemnidades, tal vez, de que haya sido teatro la capital del mundo católico. Los obispos venidos de todos los puntos del globo donde ha sido predicada la religion de Jesucristo, han celebrado con el Santo Padre y una multitud inmensa de fieles extranjeros, el décimoctavo aniversario secular del martirio del primero de los Apóstoles y del Doctor de las naciones. ¡Todas las tribus, todas las lenguas, todos los pueblos han tenido representantes en estas juntas solemnes! Esto era como una imágen de la Jerusalem celestial, donde Juan vió una *multitud que ninguno podia contar*, y que en este mismo instante se enriquece con nuevos ciudadanos.

El alma se eleva y la inteligencia se engrandece con la sola idea de estas maravillas. Roma ofrece, ciertamente, un admirable espectáculo en estos venerables pontífices atletas, ágiles en las luchas del pensamiento, doctores de una religion de amor y de sacrificio, y en la afluencia de los creyentes que han acudido para protestar su fe. ¡Qué es lo que hacia palpitar tantos corazones? El recuerdo de una muerte ignominiosa, de una cruz y de una espada, de unos sepulcros oscuros; pero esta muerte recuerda el sacrificio, estos instrumentos de suplicio se han convertido en trofeos, y estos sepulcros están llenos de vida. ¡Cuántos millones de peregrinos han venido, despues de siglos, a tomar en presencia de estos huesos sagrados la sabiduría que aprecia en lo que valen las prosperidades de este mundo, y la fuerza para cumplir el deber hasta la efusion de sangre! ¡Esto es lo que hay de mas grande entre los hombres!

Entusiasmo excitado por Pio IX en medio de los Obispos.

Se escribía de Roma a varias *Semanas religiosas* las líneas siguientes:

¡*El mundo católico está en Roma* y da a Roma un espectáculo que ella no había visto jamás!

Todo el Sacro-Colegio, la mitad de los patriarcas, arzobispos y obispos, cerca de 18,000 sacerdotes y 250,000 fieles, confundidos en un mismo pensamiento, en un mismo amor, se prosternan ante Pio IX y le dicen:

—¡Vos sois verdaderamente Pedro! ¡Vos sois el eco vivo de Cristo! ¡Las palabras que salen de vuestra boca vienen de Dios y nosotros las aceptamos por tales!

Y a nadie se oculta que la multitud de obispos y de fieles presentes en Roma no habla solamente en su propio nombre, sino que habla a nombre de la mayoría de las poblaciones de la Europa y de la América, a nombre de los cristianos esparcidos en las vastas regiones del Asia, del África y de la Oceanía....

De suerte que podemos afirmar la exactitud de esta expresión: ¡*El mundo católico está en Roma!*

Tal vez ningun Papa, como lo ha hecho Pio IX ántes de ayer, había dirigido una alocución a diez ó doce mil sacerdotes que se precipitan a su alrededor, aclamándolo y arrojándose a su paso, como en otro tiempo el pueblo hebreo lo hacía con el Salvador, para tocar sus vestidos.

Ciertamente, ningun Papa, como sucedió ayer con Pio IX, al pronunciar una alocución consistorial y anunciar un concilio ecuménico, ha sido interrumpido por el vehemente entusiasmo de una asamblea de ordinario tan grave y tan medida. ¡No! este senado, el más augusto que haya sobre la tierra, se ha olvidado de todo. La voz del Vicario de Jesucristo ha sido un momento sofocada por el estrépito de los aplausos.... Un obispo mismo, un obispo ilustre por su cien-

cia y por su piedad, ha tomado la palabra. El amor, en él, ha sido más fuerte que el respeto. Esto no se había visto jamás en una circunstancia tan solemne.

El futuro Concilio Ecuménico. ()*

Pio IX, siempre dirigido por el Espíritu Santo para el bien de la Iglesia, ha colmado de gozo a los verdaderos fieles anunciándoles un próximo Concilio ecuménico.

Esta reunión de todos los obispos será, con la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María, el acontecimiento más notable de este siglo. Un célebre publicista, M. Luis Veuillot, escribía de Roma sobre este asunto las reflexiones siguientes:

«Será bello embriagarse con las maravillas de la Exposición universal, y yo no quiero medirlas; es muy diferente volver del departamento chino y aun de la galería de la his-

* *La Patrie*, periódico *oficioso*, a quien no se podrá suponer de una benevolencia excesiva respecto de la Iglesia, ha publicado estas líneas que merecen ser recogidas:

«Nosotros no participamos de la opinión de uno de nuestros diarios democráticos, que se regocija con este futuro Concilio y que declara de antemano que su único resultado deberá ser una afirmación más solemne de las doctrinas ultramontanas. Nosotros sostenemos que sobre este punto nadie está en posibilidad de predecir nada, y nos atrevemos a sostener que las predicciones del *Avenir national*, así como las del *Monde*, son igualmente disputables.

«¿Pero el Concilio llegará al resultado que se nos anuncia? Nosotros diremos solamente que el hecho de su reunión constituirá uno de los acontecimientos más importantes del siglo diez y nueve.

«Desde el Concilio de Trento, la Iglesia no se ha reunido jamás solemnemente; falta saber cómo será arreglada en el futuro Concilio, que por nuestra parte deseamos con todos nuestros votos, la representación de las Iglesias nacionales, y qué papel se reservará a la influencia de los gobiernos, papel que ha sido tan considerable en el seno de los concilios precedentes.»

toria del trabajo, a volver del Vaticano, del Coliseo, de las prisiones Mamertinas, de la vía Appia; la presencia imponente de los soberanos, rodeados de sus hombres de guerra, no despierta pensamientos de un orden tan grande como la vista de Pio IX, rodeado de los Obispos, inclinados ante el Crucifijo: en fin, una cosa es razonar sobre las disposiciones secretas de los señores de la política humana y sobre la extensión de las últimas conferencias de Londres, y otra calcular la trascendencia de esta política divina que convoca a este Concilio ecuménico para afirmar la razón extraviada del género humano.

«El Concilio es el asunto de todas las conversaciones. Ha relegado muy lejos a multitud de pequeñas cuestiones y hechos diversos de los que se ocuparán en otros tiempos. Se ha salido de las anécdotas y de las memorias para entrar en la historia universal. Muy pronto va a ser escrita una de las grandes y nobles páginas de los anales de la humanidad. El Concilio es el acontecimiento más notable que dejará el siglo diez y nueve a la posteridad. Bonald ha dicho que la Revolución, comenzada por la proclamación de los derechos del hombre, no acabaría sino por la proclamación de los derechos de Dios. Será temerario y casi insensato pretender que la Revolución va a terminar; pero el día en que el Concilio sea indicado, se podrá decir que la contra-revolución comienza, y la libertad deberá regocijarse, porque la Revolución es la mayor enemiga y la negación misma de la libertad.

«Habrá en fin un camino abierto para salir de la anarquía sin caer en la tiranía; y todas las almas rectas, ahora desoladas por su fatal aislamiento, conocerán el terreno en donde puedan y deban unirse. Esto era una idea de los últimos años de Rossi. Un día, en el año de 1848, platicando con un sacerdote eminente de Roma, le refirió su vida llena de todos los ensayos y de todas las aventuras del pensamiento moderno. Al fin de esta especie de confesión, añadió: «Yo puedo decir que he visto todo..... exceptuando solamente un concilio ecuménico;—y yo no desespero de verlo.» Lo hubiera podido ver, en efecto, sin el puñal de la Revolución. Pero el puñal de la Revolución no puede nada sobre los designios de Dios. La palabra de Rossi llenó de admiración al hombre distinguido que lo escuchaba. Hace veinte años, no se pensaba generalmente que el mundo pudiese encontrarse tan pronto maduro para un Concilio; Rossi no era un hombre común. Había sabido algo de la Iglesia, lo había olvidado; comenzaba a volverlo a aprender y a saberlo mejor. Una de las funciones divinamente impuestas al diablo, es frecuentemente enseñar el catecismo, y entonces es excelente en eso. Iluminado por estas luces renacientes, Rossi pronostica que solo la Iglesia podrá y sabrá pronunciar el *Fiat lux* que aclarará el caos en que ha caído el mundo.

«El momento ha llegado. La industria entre sus maravillas no ha podido producir un faro capaz de guiar al espíritu humano. En vista de esta carencia, Pio IX abre su boca sagrada, y la gran palabra, el *Fiat lux*, va a salir de sus labios. Parece que ya la luz asoma en el negro horizonte. Se sabe el día en que ha de aparecer la primera claridad, como se sabe el momento preciso en que debe mostrarse el primer albor de la aurora. Según mi opinión, muchos de los hombres que hubieran podido desear vivir en otra época deben al presente regocijarse de vivir en esta, porque ella será una de las épocas solemnes de la historia; ella verá por lo menos poner la piedra inquebrantable de la reconstrucción. Hay aquí, no diré yo una esperanza, sino una especie de convicción unánime, que Pio IX abrirá, presidirá, sancionará el concilio cuyo nombre va a inscribirse, por toda la duración del mundo, al lado y tal vez sobre los grandes nombres de Nicea y de Trento.*

* «Por medio de un concilio es, aún, como la Iglesia, a la manera de un ejército puesto en batalla é invencible, destrozará los esfuerzos del error y del mal, y victorioso, propagará y extenderá a lo lejos, en el mundo, el reinado de Jesucristo.

«Es en efecto, en un concilio ecuménico donde se manifiestan, en